



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

DOMINGO 1.º DE JUNIO DE 1873.

NÚM. 126.

LA LUZ.

De todos los pueblos parte el mismo grito; todas las naciones exhalan la misma queja. Unas veces se amotinan en Viena las gentes, porque han sacado de profundos calabozos á una monja enterrada en vida; otro día los jesuitas son expulsados de Alemania; en Génova hay demostraciones contra las comunidades religiosas. Las turbas recorren la ciudad gritando: «Abajo la sociedad de San Vicente de Paul.» ¿Cuál es la causa de esto? ¿Qué guerra á muerte se ha declarado entre las sociedades modernas y la religion de Roma?

Los pueblos tienen razon. Su angustia es justa; sus quejas legítimas. Comprenden perfectamente que aquello por lo que Roma pelea, no es tanto por su religion ultrajada, ó no ultrajada, como por la sombra del poder á que aún aspira. El Papa ha visto á todos los antiguos reyes, sus amigos ó sus aliados, destronados los unos, perdido su poder absoluto los otros. Ha visto al Piamonte apoderarse de las antiguas provincias romanas, apoyado por la espada del César cristianísimo de Francia, y ha callado. Ha visto al Austria humillada y vencida en lo exterior en Solferino y en Sadowa y en lo interior por el federalismo; ha visto á los duques de Módena, de Parma y de Toscana arrojados de sus tronos; ha visto al Rey de Nápoles arrojado de su país por la espada flamígera de Garibaldi; ha visto á la Reina de España refugiarse en Francia, con la frente man-



SECRETO DE LA GRANDEZA DE LAS NACIONES.

chada con todas las maldiciones de su pueblo; ha visto á Napoleon el pequeño vencido por los alemanes, ir á morir lejos de su patria en el destierro; ha visto á los italianos echarse sobre el patrimonio de San Pedro, entrar despues en Roma, la ciudad sagrada, la ciudad de la li-

bertad romana, de los Papas guerreros y artistas, ha tenido que refugiarse despues en un pequeño barrio de Roma; y ¿qué ha aprendido? ¿Qué la han enseñado estos sucesos [providenciales? Nada. Hoy es como ayer. En su agonia es como en su omnipotencia. Para morir más solemnemente, un Concilio le dá un manto de infalibilidad, se envuelve en él y dice: «Ya puedo morir, pues he llegado á ser lo que no será nadie en la tierra Dios.»

¿Qué sentimiento causa el ver hundirse en el abismo de sus propios errores á instituciones que han prestado en su día grandes servicios á la historia! Cuando el mundo agonizaba entre guerras feudales, entre barbarie sin cuento, el pontificado era la mano bendita que separaba á los combatientes, era el iris de paz en aquellas turbulentas edades, y hoy ¿qué diferencia! ¿Hay un proyecto reaccionario, tiránico, esclavizador? El Papa le aprobará. ¿Hay una raza de Reyes expulsados de todos los pueblos por sus crímenes y por su desamor á la libertad? El Papa los bendecirá, los ungirá y hará con ellos todo cuanto sea preciso. Esto no impedirá al buen Pontífice tender en algun momento la mano á algun poderoso Emperador protestante y

decirle: «¿Quieres tú salvarme ya que los míos no pueden hacerlo? ¿Los curas se levantan en armas en algun país? Contarán, si no con la aprobacion explícita, que esto no es posible, con la aprobacion tácita del Papa.

¡Triste suerte hoy la del pontificado y la de

todos los institutos que han sido su más firme sosten! Los jesuitas vencidos en toda la línea y arrojados de todos los países, como una especie de lepra de que es preciso librarse á toda costa, están acabando con el papado. Italia suprime algunas comunidades religiosas. ¿Qué hace Pío IX? Al general de los jesuitas, despojado de su casa, le recibe en el Vaticano, es decir, coloca el puñal cerca de la víctima. Y en tanto, ¿vienen á favorecer su causa aquellos ángeles del cielo de que el viejo Pontífice hablaba en una de sus alocuciones? Los ángeles del cielo no vienen á combatir por los Papas; en todo caso vendrían á combatir contra ellos. Los Papas ya no representan la idea religioso-cristiana, porque esta ha pasado á las manos de los pueblos reformados; ya no representan la ciencia, sino la negación de ella; ya no representan la idea artística, porque el arte solo vive donde hay libertad; ya no representan nada. Mentimos; representan algo; representan el odio al progreso moderno, á los adelantos modernos; y una institución que hoy abriga estas ideas, ¿puede durar mucho? No. Lo que dura en los aires la paja levantada por el huracán, lo que duran en la historia la agonía de las instituciones que faltan á su fin, que no cumplen con su destino.

UNA LECCION DE HISTORIA CRISTIANA.

Hoy que los defensores de la teocracia absolutista andan por esos montes, fusilando gentes y saqueando pueblos, con curas indignos de su ministerio al frente, bueno será recordarles para que no fusilen a los que no profesan sus ideas, que los primeros cristianos ni ahorcaban ni descuartizaban á los herejes.

Acababa de morir el Mesías. Su palabra flotaba todavía en el espacio y rociaba las almas de los que deseaban una regeneración social basada sobre una regeneración individual. Los Apóstoles se repartieron por el mundo. Los Césares no hicieron caso en su principio de aquella secta que se levantaba en uno de los más oscuros rincones de la tierra. Y los cristianos fueron creciendo, creciendo, hasta llegar á constituir un número considerable. ¿Qué penas impuso Jesucristo á aquel que se separara de su doctrina? Ninguna corporal, únicamente mandó que se le reconciliara, si se arrepentía, y se le absolviera tantas veces cuantas tuviera lugar su arrepentimiento. Jesús mismo, ¿no dijo á aquellos de sus discípulos que querían que hiciese caer fuego del cielo sobre la ciudad que no había querido recibirle, que él no venía á destruir si no á enseñar?

Los Apóstoles siguen la misma conducta que el Maestro. San Pablo quiere que se advierta al hereje dos veces antes de escomulgarle. Los medios usados entonces para la conversión eran la dulzura, la predicación. A ningún obispo de aquel tiempo ocurriósele que debía emplear el fuego y los tormentos para volver á la fé á los que de ella se habían separado. Se temía que empleando los medios coercitivos que irritan siempre, el hereje se tornara más y más obstinado. Cuando había un caso nuevo de herejía, solía llamarse al dogmatizante á una conferencia pública, y en ella se debatían sus doctrinas y se desvanecían sus errores. San Dionisio, obispo de Corinto, decía, que si el hereje se mostraba dispuesto á volver á la fé, debía tratársele con mansedumbre y cariño, teniendo presente el «temor de irritarle y hacerle obstinado.» Un concilio reunido en 303 decretó, que todo hereje que quisiese volver al seno de la Iglesia, «sería admitido á la reconciliación y no se le impondría otra pena, que una penitencia canónica de diez años.»

Lo más que permite la Iglesia es, que se huya del hereje, que cese con él todo trato, y que se le mire, en fin, no como un enemigo sino como un desgraciado. S. Juan ordenaba esto.

¿Qué hacían los cristianos de las Catacumbas, cuando uno de sus hermanos faltaba á la fé jurada á Jesucristo? Separarse de él; romper con él toda comunicacion y rogar á Dios que le volviese otra vez al seno de la fé que abandonaba. Y en verdad que no podían tener otra doctrina, si habían de seguir fielmente las instrucciones de su Maestro. ¿Cuál era el más grande de los empeños en los primeros apologistas cristianos? El probar que eran justos, obedientes y sumisos á las leyes del imperio; que no trataban de promover conflictos al César, que no conjuraban, sino que antes bien pedían en sus oraciones por la salud de los emperadores y la felicidad del imperio, y que por tanto no era justo perseguirlos.

La iglesia entonces no se había aliado con el imperio para abdicar sus puras y sencillas doctrinas sin inficionarse con las ideas de los palacios. Era pura porque estaba sola y abandonada á sus fuerzas; decimos mal, la protegía su fundador desde el cielo. Pero en cuanto se puso en contacto con el trono y vió sus opulencias y las codició y las poseyó, su manera de ser cambió totalmente. Ansió los goces del poder material. Como había reyes en la tierra, quiso hacerse ella reina de las conciencias; promulgó leyes, impuso penas, abrió calabozos, hizo servir á su causa, que ya no era la causa de Dios, si no la de hombres negros tonsurados, la espada de los emperadores; armó legiones para perseguir á pueblos enteros que se habían separado de ella y obró siempre ya como un poder puramente mundano.

Si la iglesia volviera á su antiguo poder, que es imposible, ¿volvería á hacer lo que ha hecho? Las lecciones de la historia y de la experiencia, ¿no le servirían de nada?

NICODEMO.

Dos clases de hombres eran los que estaban al lado de Jesucristo; sus verdaderos discípulos los unos, y los otros gentes que admiraban más ó menos al Maestro y que le seguían cuando andaba por el país en que ellos moraban. Si con los primeros tenía Jesús verdadera expansión, guardaba cierta reserva con los segundos. La prudencia cristiana exige, dice un comentador, que no se condene á nadie, pero que tampoco se fie uno de todo el mundo, y se deje engañar por las apariencias. Esto hacía el Mesías.

Entre los hombres que creían hasta cierto punto en él y que querían saber de una manera definitiva si era verdaderamente hijo de Dios, hallábase Nicodemo. El Talmud habla también de otro Nicodemo, pero la crítica histórica no ha descubierto aún si este es el del Evangelio. Era este uno de los principales y más influyentes de los judíos miembro del Sanhedrin y fariseo por añadidura. Quiso tener una entrevista con Jesús. ¿Cuál era el carácter con que se presentaba ante él? ¿Era amigo ó enemigo? Tenía deseo de conocer la verdad; y en este concepto puede decirse que no era enemigo. Quiere conocer personalmente al nuevo profeta, quiere escuchar sus propias frases, á ver si ellas ponen en claro sus dudas y le patentizan lo que quiere saber. Si no se declara abiertamente por Jesucristo, no es porque no quiera hacerlo, sino porque las dudas que aún hay en su conciencia no se lo permiten. El es viejo y ya en esta edad de la reflexión las cosas no se hacen á la ligera, sino muy maduramente y después de largas reflexiones. Por otro lado él formaba parte de la corte de justicia de su país. Se exponía al desden de sus colegas y de sus conciudadanos, si se unía á Jesús; pero cuánto mayor no sería el descrédito que sobre él caería, si empezaba á hacer propaganda en favor de un Mesías falso, de uno cualquiera de esos em-

baucadores que en todos tiempos se han puesto á predicar nuevas y absurdas doctrinas al pueblo! Todas estas dudas flotan sobre el alma de Nicodemo y no quiere obrar de lugar. En el silencio de la noche, cuando llegan los momentos del descanso y sus discípulos ya no le rodean, marcha silenciosamente á la morada en que Jesús está. Entra y le saluda con el nombre de Maestro: «Rabi, le dice, sabemos que has venido de Dios por Maestro; por que nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no fuere Dios con él.» Estas palabras manifiestan que ya encuentra en él algo que no es propio de todos los hombres; algo sobrenatural. El carácter de *Profeta* que en él observa es lo que más le llama la atención. Ha visto que hace milagros, y como quiera que no está al alcance de todos los hombres el hacerlos, deduce que es un enviado del cielo, que es un enviado de Dios. Estas palabras revelan en el viejo fariseo, no ya una impresión ligera y momentánea, sino una fé razonada, una fé que ha comenzado por el conocimiento de los milagros del nuevo profeta.

El viejo fariseo á su edad todavía reclama instrucción. ¿Este ejemplo no es bastante elocuente para aquellos cristianos orgullosos que creen saberlo todo y que creen no necesitar ni de los consejos, ni de las advertencias, ni de las amonestaciones de nadie? Nicodemo desea más luz, desea conocer aquellos preceptos de que tanto le han hablado y con la práctica de los cuales se le abrirán las puertas del cielo. Jesucristo es un gran Maestro, un gran moralista, un gran doctor, y á él acude para que le saque de dudas, y le muestre de una vez el camino que ha de seguir.

Jesús le respondió: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios.» El ilustre Vinet dice: «Jesús es verdaderamente el doctor de la justicia, prometido por las escrituras y anunciado por los profetas, pero le enseña de otra manera que este hombre esperaba, puesto que se dirige á su corazón y le pone en él el gozo y el amor. No le enseña solamente de parte de Dios, sino que le enseña en Dios, y Dios no está solamente con él sino que el que le habla es Dios mismo.» Jesús previene la pregunta, que sin duda iba á hacerle después Nicodemo. «¿Qué es preciso hacer para entrar en el reino de los cielos?» A todo el que vá entrar en el seno de una religión, le ocurre poco más ó menos la misma pregunta, y quiere saber los preceptos y las prácticas que hay que cumplir. Esto es desconocer la naturaleza del cristianismo, como la desconoció Nicodemo. El cristianismo requiere ante todo una vida nueva; el despojo de nuestra propia justicia; una renovación completa del espíritu. Esto es lo que va decir á Jesús al viejo fariseo y sus palabras van á producir en él honda sensación y asombro.

OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

X.

La noche de San Bartolomé por las consecuencias que produjo, fué desastrosa para la causa de la reforma. El Rey de España felicitó á Carlos IX y le dijo por medio de su embajador, que había merecido el título de Rey cristianísimo, y que á él solo debía la conservación de los Países-Bajos. Carlos IX, pérfido siempre, se dirigía á su embajador y le decía que prosiguiese sus relaciones con el Príncipe de Orange, pero de modo que no se apercibiera de ello el Duque de Alba. No quería que Guillermo volviese otra vez á Francia á ponerse al frente de los hugonotes, que habían escapado libres de aquella noche terrible. Decía con esa maldad propia de las almas bajas de algunos Reyes, aludiendo á la matanza de los protestantes: «es preciso que no sea solo el Duque de Alba el que se aproveche de ella»

La adversidad comenzaba otra vez para el de Orange, pero tenía la virtud de las grandes almas,

la tenacidad. Derrotado cien veces, cien veces hubiera vuelto a la pelea. Su hermano tuvo que refugiarse en Mons, y él tuvo que repasar el Mosa. El Duque de Alba había ideado una manera digna de él, de acabar con Guillermo, la de asesinarle. Compró por un puñado de dinero el alma y el puñal de un asesino cualquiera, y lo envió contra el Príncipe. Pero aquella tentativa de asesinato fracasó. Al de Orange le reservaba Dios aún para grandes destinos. Otro mayor peligro le amenazó, y aunque á duras penas, también se libró de él. Los soldados pedían sus pagas, y él no podía satisfacerlas. En estos tiempos no había por regla general el entusiasmo de la idea que hay en los nuestros, y los soldados peleaban más por un puñado de escudos, que por un ideal cualquiera. Guillermo no podía pagarles sino con un papel poco garantido por las ciudades de Holanda. Los soldados rehusaban tomarlo, y á tal punto llegó el furor de la soldadesca embra, becida, que á no haberse interpuesto los oficiales que más simpatizaban con el Príncipe, dejándole ancho espacio para la fuga, este hubiera perecido en las manos de aquellos. Así terminó el año 1572, empezado con tan brillantes esperanzas, y concluido con tan desoladoras realidades.

El Duque de Alba, con motivo de estos sucesos, hubo de volver á mostrarse tal como era. Si bien concedió una honrosa capitulación á Mons, en cambio saqueó y devastó á Noircarmes, habiendo prometido á sus habitantes, que les respetaría sus vidas y haciendas. Entró en Malinas y concedió tres días de saqueo; uno á los tercios españoles, otro á los soldados alemanes, otro á los valones y, ¡cosa singularísima! aquellos soldados católicos, más católicos que el Rey y el Papa entraron á saco en los templos, destruyeron las imágenes y robaron cuanto en ellos había de algún valor.

¿Qué hacía Guillermo al ver la ruina en que caían las ciudades que habían cometido el crimen de seguirle? Hé aquí lo que dice el historiador Motley: «En esta hora de amargura y de desesperación el Príncipe se mostró más heroico que un vencedor en la hora del triunfo. Desvanecidas sus grandes esperanzas, caído con todo el edificio de las grandezas de su patria bajo el golpe del crimen colosal de su real aliado, no perdió ni la confianza en sí mismo, ni su fe inalterable en Dios. Todas las ciudades que pocas semanas antes habían enarbolado su bandera, abandonáronle y le dejaron solo. Tornóse á Holanda, la sola ciudad que le permanecía fiel, y continuó mirándola como su ciudad salvadora, pero ciudad salvadora en la que esperaba y estaba dispuesto á morir. «Aquí encontraré mi sepultura, escribía con una admirable sencillez en una cartaintima á su hermano Luis.»

De todas suertes la causa de la libertad no podía perderse allí por dos razones; primera, porque la causa de la libertad no se pierde nunca en definitiva; y después, porque estaba puesta en unas manos tan varoniles y tan animosas, que mientras tuvieran un soplo de vida, ellas harían todo lo posible por rescatar aquella libertad, moribunda sí, pero no muerta aún. Carlos IX había podido engañar en parte á Guillermo pero no le había engañado por completo. Era este político demasiado sagaz para que tal cosa pudiera suceder. Había dudado más de una vez de la sinceridad de Carlos, pero no lo había querido manifestar para que no se le tachase de suspicaz y maligno. «Ha agradado á Dios que nos ocurran estos desastres, para que no pongamos más nuestra confianza en los hombres, decía.»

El Duque de Alba asoló la Zelanda, destruyó ó poco menos á Zutphen, entregó á las ruinas á Naardem; tomó después á Harlem, después de un sitio terrible y cometió tan tremendos desmanes como no se cuentan otros en la historia. «S. M. decía, hará despoblar enteramente el país.»

Pero en el momento en que la derrota de los patriotas parecía consumada, el Duque de Alba fué llamado á Madrid. Esta llamada del Duque fué un desastre para la causa española. El Rey en su interior aprobada la conducta del de Alba, pero

exteriormente no podía manifestarlo así. Llegado aquel á Madrid, pidióle el rey que le explicara lo ocurrido en Flandes y que le dijera el medio mejor para terminar de una vez los restos de aquella revolución ya casi sofocada. El Duque contestó con la brutal franqueza que le era característica, que no veía otro medio más apropiado para concluir de exterminarla, que proseguir el exterminio comenzado. ¿Qué hizo Felipe II? No pudiendo tomar este parecer escribió al sucesor del de Alba que no recurriese á este medio á menos que no fuese absolutamente necesario.

El cansancio de entrambos partidos por otra parte era grande. Españoles y flamencos deseaban la paz. Los grandes señores estaban cansados de la guerra; el pueblo aún más. Las ciudades estaban exhaustas, los campos yertos, las fábricas cerradas las industrias muertas. Los católicos deseaban reconciliarse por medio de una fórmula cualquiera, con sus antiguos hermanos, miembros ahora de la nueva religión, y los protestantes lo mismo. Los soldados de uno y otro bando estaban hartos de pillaje y carnicería, y hasta tal punto llegó este deseo de paz y reconciliación, que hubo señores católicos que escribieron á Guillermo cortesanas cartas en las que le manifestaban las esperanzas de que la guerra terminaría pronto y de un modo honroso para todos.

El Rey de España habló de paz. La verdadera causa que impulsó á hacer esto á Felipe, fué, no las quejas de uno y otro bando, ni el deseo de paz de todos, sino las angustias del tesoro. Las minas de las Indias no producían lo que se gastaba en los Países-Bajos y producían tanto menos, cuantos menos brazos había en ellas y más en Flandes. Guillermo se mantuvo inflexible; pidió para que la paz se hiciera la convocación de los Estados generales, la partida de las tropas españolas y una absoluta libertad religiosa. ¡Suceso extraordinario en la historia! Cuando la causa de la libertad se creía perdida, la Providencia vino á levantarla. Y esto no se debió más que á la pertinacia de los flamencos, que viéndose vencidos y derrotados jamás se creyeron tales. Inspírense los pueblos en este ejemplo y la causa de la libertad, que es la causa de Dios, saldrá siempre triunfante de todos los cataclismos de la historia.

SECRETO DE LA GRANDEZA DE LAS NACIONES.

No hace mucho tiempo que el embajador de un príncipe africano, fué á la corte de Inglaterra con misión especial.

Una vez recibido en audiencia por la reina Victoria, después de presentar sus credenciales como embajador, y entregar los magníficos y preciosos regalos de que era portador, la suplicó tuviera á bien decirle cuál era el secreto de la grandeza y gloria de su nación.

La reina no le dió por respuesta el número de sus buques de guerra, ni el de sus ejércitos, ni una estadística de las infinitas mercancías del país, ni aun los detalles de sus inagotables riquezas; no hizo lo que Ezequías en una mala hora enseñando al embajador sus diamantes, sus joyas y ricos adornos; sino que cogiendo una Biblia, se la entregó diciéndole: «Dile á tu príncipe, que con este libro le envío el secreto de la grandeza y prosperidad del país.»

UN CUENTO QUE PARECE UNA HISTORIA. AL PUEBLO.

Había en un país de cuyo nombre no quiero acordarme, como Cervantes del pueblo de su héroe, una nación harta singular.

El país era bellísimo; montañas de cimas azuladas, un sol eternamente resplandeciente, brisas

cargadas con los perfumes de las flores, noches verdaderamente andaluzas, y un cielo siempre puso y sereno.

Los naturales tenían todos sus defectos y todos los defectos de aquel clima.

Eran indolentes, entusiastas, soñadores, guerreros y poco amigos del trabajo.

Sus vicios, más que suyos propios, eran la herencia de muchos siglos de guerras y aventuras.

Jamás estaban satisfechos. A los pocos meses de tener una cosa, ya estaban hartos de ella.

Se acordaban mucho de los negocios públicos y poco de los suyos.

Una mañana se levantaron unos pocos y se fueron á la plaza pública, donde empezaron á gritar que no querían la forma de Gobierno bajo la que estaban regidos.

Amotinóse el pueblo é hizo coro con los que gritaban.

Reunióse gran muchedumbre y unos gritando, y otros ahullando, y otros maldiciendo, se fueron todos al palacio del Rey que habitaba en un monte próximo á la ciudad.

—¿Qué queréis? preguntaron los guardas del Rey á la muchedumbre cuando hubo llegado á los pies del monte.

—Queremos hablar con el Rey, contestaron los que se habían puesto á la cabeza de la multitud.

—Entrad, replicaron los guardas; y entraron 40 ó 50 hombres de los que iban al frente de los amotinados.

—Oh, gran Rey,—exclamaron estos postrándose de hinojos, cuando hubieron llegado á la cámara del monarca, ante un anciano de barba blanca y de mirada resplandeciente como la del águila,—no podemos sufrir ya tu gobierno. Antes eras nuestro padre, y ahora eres nuestro señor. Antes éramos tus hijos, y ahora somos tus esclavos. Nuestra dignidad de hombres, no nos permite sufrir esto. Márchate de este país ó te echaremos.

El anciano con melancólica tristeza contestó:

—Gobernándoos como os gobierno, hijos míos, he creído hacer vuestra felicidad. Yo no he querido trataros como esclavos si nó como libres. Si me he equivocado, repararé mis errores.

Al oír esto aquellos hombres empezaron á gritar con voces que hacían estremecer las columnas de pórfido del palacio.

—No, no, no te queremos más, márchate.

El rey bajó la cabeza, meditó un momento y contestó:

—Pues lo queréis, sea. Me marcharé. Os dejo entregados á vosotros mismos. Sed, pues, felices, hijos míos.

Salieron aquellos hombres contentos y alborozados del palacio y repitieron á la multitud lo que el Rey les había dicho.

El pueblo empezó á gritar entonces:

—Bien, bien. ¡Viva el Rey! Es un gran Rey, porque nos deja que nos gobernemos á nosotros mismos.

Hubo salvas, músicas, iluminaciones.

Se gastó mucha pólvora, y los oradores de aquel país, que eran muchos, hicieron ardientes y bellísimos discursos.

El Rey se fué al otro día con sus caballos y con sus soldados.

Los oradores habían afirmado en sus discursos el día antes, que la felicidad para aquel país comenzaba desde aquel instante.

Todos lo creían y aplaudían.

Al fin se acabaron las músicas, las iluminaciones y las fiestas y el pueblo volvió á sus tareas ordinarias.

El Rey se fué lejos, muy lejos, donde no oyera hablar del pueblo que le había expulsado.

—Nombraremos de entre nosotros uno que nos gobierne, decían los hombres de aquel pueblo; nombraremos siete ó ocho que le ayuden y así irá todo bien. Tenemos ya gana de que alguna vez nosotros nos gobernemos á nosotros mismos. ¡Qué bien van á ir ahora las cosas! Nos respetaremos los unos á los otros, no nos haremos daño jamás, los

intereses de uno serán los de todos, y la justicia empezará á ser una verdad. ¡Ya es hora de que reine el bien en el mundo!

Algunos días despues se reunieron en la plaza pública y nombraron á los que los habian de gobernar.

Hubo otra vez salvos, aplausos, entusiasmo y discursos.

Así se pasaron dos meses, tres meses, creo que hasta cuatro.

Muchos empezaron á murmurar: «Esto no es lo que habíamos pensado; estos hombres no hacen lo que nosotros queríamos. Son muy malos y hay que echarlos como al Rey.»

Pasaron días y días.

La oposicion contra los hombres del pueblo, que gobernaban en nombre de sus hermanos, fué haciéndose más grande cada vez.

Los hombres afilaban en la casa sus sables, hacian cartuchos y fundian balas para sus fusiles y decian: «para el día de la revolucion.»

El malestar carcomía las entrañas de aquel pueblo.

A los que decian que las cosas no iban tan mal, como en los tiempos del anciano Rey expulsado, los más les contestaban que eran hombres atrasados, de añejas ideas y que no sabian vivir con el espíritu del siglo, que reclama siempre una cosa nueva, una emocion cada día.

Los hombres del pueblo que estaban en el poder, se quejaban amargamente de sus gobernados y decian: «No nos dejan obrar. Nos piden más reformas, y todavía no han sabido utilizarse de las ya conquistadas.»

Al fin un día hubo una colision entre los amigos de los gobernantes y los que querian diariamente motines y revoluciones.

Hubo sangre; muchos, muchos heridos, muchos muertos, muchas mujeres que se quedaron viudas y muchos hijos que se quedaron sin padre.

Vencieron los que pedian reformas.

¡Qué fiestas hubo! ¡qué alegría tan universal! ¡Con qué placer se entonaron los himnos nacionales!

Fué aquello una cosa como se han visto pocas.

Las gentes decian con exaltacion. «Ahora si que vamos á ser verdaderamente felices. Ya no habrá religiones. ¿Para qué se quieren esas antiguallas? Los sacerdotes de todos los cultos se suprimirán por inútiles. El amor será libre y cada cual se unirá sin intervencion de cura ni de alcalde, con la mujer que le parezca más conveniente. La propiedad no será de nadie en particular y será de todos en general. ¡QuS bien vamos á estar! ¡Qué bien! El eden que nunca existió vá á existir ahora por primera vez en el mundo.»

Al día siguiente cada uno asistió á sus trabajos.

Los que tenían pan, comieron aquel día, y los que no, tuvieron que salir á pedir una limosna.

«Este es un engaño» decian los mendigos y los descamisados que eran muchos. «¿Cuando se hace el reparto social? Cuando llegue ya nos habremos muerto.»

Pasaron días, días, muchos días.

Lo que no estaba repartido se repartió. Lo que no estaba dado se dió; pero los hombres del poder no se atrevieron á tocar la propiedad de los que la poseian, porque se hubieran levantado como un solo hombre y hubieran arrollado á los gobernantes.

Los desgraciados gritaban. «¿Quién aliviará nuestra miseria? ¿Quién enjugará nuestras lágrimas? Para nosotros no hay salvacion con nadie.»

Los hombres más principales del pueblo se reunieron una noche en la plaza pública. Brillantes antorchas la iluminaban. El cielo estaba azul y sereno, y las estrellas tan brillantes y tan poéticas parecian promesas de Dios, todavía no realizadas.

Presidia la reunion un anciano de cabellos blancos. Estaba triste como la tristeza.

Un hombre del pueblo se levantó y dijo que queria hablar.

—Habla, le contestó el anciano.

—Hermanos míos, dijo el hombre del pueblo,

esta situacion se ha hecho ya intolerable. Esto no se puede sufrir de ningun modo. Tenemos la misma miseria, la misma hambre, los mismos dolores que antes. ¿Para que nos han servido estos tres cambios en el poder? Para nada. Yo he visto ayer morir de frio y de falta de alimentos casi, á una mujer. Los niños que no tienen quien les ampare andan como antes por las calles perdidos y abandonados. ¿Es esto lo que esperábamos?

El pueblo repetía en coro:

—Es verdad, es verdad lo que dice ese hombre.

Se levantó un jóven de 18 años, de ojos azules y mirada brillante.

—Es preciso, exclamó, destruirlo todo. Es preciso que no quede piedra sobre piedra de esta Babilonia de todas las impurezas y de todas las maldades. Sangre y fuego; sea esta nuestra divisa. Es preciso que llegue el incendio hasta el cielo mismo, á ver si la tierra queda de una vez purgada de los males que la asolan. Es preciso que se acabe la miseria, ó que se acabe la humanidad.

Nadie dijo nada. Las palabras del jóven habian causado una impresion contraria.

Cuando se pasó el primer estupor se decian unos á los otros:

—¿Y qué haremos con destruir? ¿No hemos destruido ya bastante? ¿Qué haremos con exterminar más hombres, si los hombres son en definitiva los que dan vida á las cosas? No, no; ese ya está probado y es mal medio. Otro nos hace falta.

Nadie hablaba; nadie se atrevía á hablar.

El anciano de cabellos blancos interrogaba con la mirada á todos como diciéndoles: «¿Qué decidís de vuestra suerte?»

En esto, salió un hombre de entre la multitud y se adelantó hacia el centro de la plaza. Nadie le habia visto hasta entonces, ni nadie le conocia. Evidentemente no era ciudadano de aquel pueblo. Parecia turco, árabe ó hebreo. Parecia uno de esos intrépidos viajeros que no se cansan nunca de recorrer la tierra y que conocen los usos, las costumbres y las prácticas de todos los países y de todas las razas.

Hizo ademán de hablar y los murmullos que su presencia habia provocado, se apagaron.

—Escuchad, exclamó, tengo que deciros pocas palabras. He recorrido todos los pueblos de la tierra. Conozco todos sus usos y costumbres y sé los males que á todos les afligen. No he querido despegar mis labios hasta hoy; pero ya sus lamentos me han llegado al alma y no puedo callar más. Escúchame, pueblo, y graba estas palabras en tu corazon. Para que la regeneracion de todos, de la sociedad, se lleve á cabo, es preciso que antes tenga lugar la regeneracion de cada uno, del individuo. Las formas políticas son lo de ménos, si los vicios de los ciudadanos son siempre los mismos. Mientras el interés sea la ley de todos, todos sufrirán y llorarán. Sin abnegacion y sin caridad no hay sociedades tranquilas y felices. El que murió en el Gólgota, decia: «amaos los unos á los otros.» Estas palabras, que son una redencion, el mundo las ha olvidado. ¿Quereis paz, quereis dicha, quereis felicidad? Practicad la virtud, sed en lo que podais Cristos en perfeccion, en dulzura, en bondad. Construid vuestra sociedad sobre esas bases, y ella será la ciudad de Dios que resplandecerá en los días más felices del porvenir, la estrella del desierto, la Hespéride encontrada entre las olas espumosas del mar.

Dijo, y desapareció.

La multitud clamó á gran voz:

—¿Quién es ese hombre?

Nadie lo supo.

¿Era un Licurgo desconocido ó el mismo Cristo en persona?

¡Quién sabe!

La hada que nos ha contado esta leyenda no ha podido decirnos más. La adivinacion de las hadas solo llega hasta donde empiezan los misterios de Dios.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

LA COMUNION DE LOS NIÑOS.

Los Sres. Digon y Campanon han publicado en Béjar la siguiente hoja, que reproducimos en nuestro periódico con mucho gusto:

«Ayer ha tenido lugar el acto religioso que sirve de epígrafe á este impreso, en la Iglesia de San Juan de esta poblacion.

No vamos á discernir en este breve espacio, la verdadera doctrina y la verdadera práctica que Dios enseña, con respecto á este Sacramento, en sus Santos Evangelios.

No vamos tampoco á condenar esa profanidad que se mezcla siempre en todos los actos y ceremonias religiosas de la Iglesia de Roma.

Solo nos ocuparemos de demostrar lo que es y lo que sirve para ciertos hombres la religion.

Dicen terminantemente las doctrinas de la Iglesia Romana, que para que el Sacramento de la Cena ó sea la Comunión, pueda recibirse dignamente y obtener las gracias que en ella nos concede el Salvador, es necesario, como requisito indispensable, haber hecho una confesion sincera de todos los pecados, recibido la absolucion del Sacerdote confesor, cumplido la penitencia, hecho el propósito de no volver á pecar más, y por ultimo, un verdadero deseo de recibir á Cristo en su corazon.

Despues, se recomienda mucho recojimiento, oracion y completo alejamiento del trato del mundo, al ménos en el día en que se recibe dicho Sacramento, y con especialidad que se tenga conciencia de lo que se recibe en aquel acto, cometiéndose un gran sacrilegio, por el cual queda nulo el Sacramento, si por casualidad, por ignorancia ó sin ella, se omiten algunas de estas prescripciones ordenadas por la Iglesia.

Ahora bien; bajo estos precedentes, contesten los ministros de la religion que sostienen y defienden las doctrinas arriba expuestas, á las siguientes preguntas:

¿Han cumplido los niños con lo que ordenan las doctrinas de la religion que profesan, ó al ménos con las prescripciones ordenadas por su Iglesia?

¿Tienen conciencia de lo que recibieron ayer mañana?

¿Saben las terribles consecuencias que acarrea al alma la indigna recepcion de este Sacramento?

¿Conocen á aquel cuya pasion y muerte conmemoraron ayer? ¿Le aman?

Mediten, pues, lo que dice S. Pablo en su Epístola á la Iglesia de Corinto (1.^a Cor. xii; 23-29).

Además, por otra parte; ¿existe armonia entre la ceremonia de ayer y las doctrinas que sustenta la Iglesia Romana?

¿Existen una y otra con las del Evangelio en cuyas páginas están los mandatos de Dios y su Hijo Eterno Jesucristo?

Pueblo bejarano: aprende y vé si en los Ministros de tu religion existe lo que ellos exigen de tí.

Béjar 20 de Mayo de 1873.—FRANCISCO CAMPANON.—ANGEL M. DIGON.

En prueba de imparcialidad damos cabida en LA LUZ á la contestacion que á la hoja de nuestros amigos han dado los católicos.

Contestacion á la hoja de relumbron que han publicado los Sres. Francisco Campanon y Angel M. Digon, comisionistas protestantes de London.

Lo que recelábamos nos ha sucedido. Sabiase que en esta ciudad revoloteaban ciertos pájaros de mal agüero que unos decian eran industriales que estudiaban los adelantos de nuestras fábricas, y otros, que estaban en lo cierto, herejes protestantes, comisionados por la sociedad Bíblica de Londres, para repartir folletos y biblias. Mientras su mision se había concretado á esto último, nada habíamos dicho; estaban en su derecho, como en el de repartir onzas de oro, si querian; pero sucedió que el lunes 19 de los corrientes tuvo lugar la solemne funcion religiosa, con que esta

ciudad celebra todos los años la primera comunión de los niños de las escuelas; ese día que trae consigo delicias inefables y cuyo recuerdo nunca pierde su dulzura; ese día que se levanta risueño y sereno sobre la infancia virginal, como aparece una hermosa aurora en un cielo sereno y azul que no entristece ninguna nube; ese día en que por primera vez es admitido el niño al banquete del Señor, en que le es revelado el más santo de los misterios, en que se realizan para él aquellos pensamientos de esperanza, de amor y de inmortalidad, que le había anunciado la fé. Ese día se celebraba en Béjar con júbilo universal; pero Dios, que así lo permite, hizo que los señores protestantes fuesen testigos de ese solemne triunfo de la religión católica, que vienen á destruir; y altamente preocupados en sus falsas doctrinas, se les pone en la mollera redactar y publicar una hoja volante escrita en tonto, con remates de Domine pedante. Venid acá, cuitados..... vamos á contestar á la sustancia de vuestra hoja, que está reducida á que no debe admitirse á los niños á la Sagrada comunión. Puesto que tan versados estais en el Evangelio, sabreis «que habiéndole presentado á Nuestro Señor Jesucristo unos niños, para que los tocara con sus divinas manos, y queriendo impedirlo algunos discípulos, los increpó duramente diciendo: «Dejad que vengan los niños á mí, no queráis prohibírselo, porque de estos es el reino de los cielos;» (San Luc. xviii, 15 y 16.) Ahora bien, si el Señor tenía, durante su vida mortal, su mayor complacencia en conversar con los niños (San Mateo 18 al 75,) ¿cómo no ha de tenerla en el Sacramento de su amor? Siguiendo el espíritu de su Divino fundador la Iglesia católica, sabedlo, señores herejes, llama, sobre todo, á la celebración del misterio Eucarístico á la infancia inocente y pura todavía de los vicios del mundo. Espera que el vínculo de la Comunión, formado en una edad en que sus enseñanzas están todavía tan presentes en la memoria del neófito, no se romperá tan fácilmente, y que como un guía fiel y seguro, el recuerdo de este acto de fé y de amor, le precederá cuando camine junto al borde del precipicio. que la indiferencia, la incredulidad ó el protestantismo abrirá ante sus pasos. Ejemplo al canto. Cuando el general Radet, comisionado por Napoleon I se presentó en Roma en el Vaticano á prender al gran Pontífice Pío VII, se sobrecojió de temor y espanto á su vista y, cortado, no supo dar cuenta de su comision. Preguntado más tarde por un amigo, ¿qué le había acontecido en aquel instante? respondió: «Me acordé de mi primera comunión (histórico.) Además, si alguna confirmación necesitase esta verdad, la tendríamos en el furor que se ha apoderado de vosotros, al presenciar esta augusta función religiosa. Pero decís; muy santo y muy bueno que comulguen; pero, ¿y el recogimiento, oración y completo alejamiento del trato del mundo? ¡Infelices! Vosotros quisiérais que los niños se hubieran hundido siete estados debajo de la tierra y no hubieran ido á manifestar á sus cariñosas madres, familias y allegados el inmenso júbilo que animaba su angélico semblante, fiel expresión del que rebotaba en su corazón. ¡Ya se vé! creíais que habíais convertido á vuestras doctrinas tantos católicos como biblias ú opúsculos habeis repartido, y al ver con esta muestra de catolicismo, que os ha dado Béjar, destruido vuestro castillo de naipes, ¡alce Dios su ira!..... Pues bien, mayores sofocos teneis que sufrir, y vamos, por conclusión, á deciros una palabrita: no sabemos si sois españoles, aunque vuestro apellido no lo es (á no ser que os hayais crismado), ó sois extranjeros; si lo primero, para que no lo olvideis; si lo segundo, para que lo sepais. Si por altos juicios del cielo llegase á suceder, lo que Dios no permita, que España olvidase la religión que hace 1800 años aprendió en el pilar de Zaragoza; la religión de Recaredo, Fernando III é Isabel la Católica; la religión que inspiró poetas y escritores como Cervantes, Calderon, Lope, Tirso, Moreto, Mariana, Solís, Luis de Leon, Teresa y Granada; la religión que animó los pin-

celes de Murillo, Velazquez, Ribera, Zurbarán, Ribalta y Juan de Juanes; la religión que creó los arquitectos y escultores Alonso Cano y Becerra, Berruguete y Arfe, Juan de Mora, Juan Herrera y Bautista de Toledo; la religión que consoló los últimos momentos é inflamó en la victoria al Cid, al Gran Capitán, Padilla, Brabo, Maldonado, Colon, Cortés, Pizarro, Daoiz, Velarde, Castaños, Palafox, Mina y el Empecinado; la religión de los marinos Bazan, el Cano, Magallanes, Jorge Juan, Gravina, Churrua, Galiano y Mendez Nuñez; si la España, repito, lo que Dios mediante no sucederá, llegase á olvidar esta religión divina, sabedlo, señores protestantes, con nuestra indómita altivez española, á quien hiere todo lo extranjero y más si es inglés, seremos todo lo que queráis, indiferentes, ateos, naturalistas, judíos, moros... ¡Protestantes!.. ¡NUNCA! Y cuenta, que solo os consideramos como emisarios de la sociedad bíblica, porque, si so capa de religión, fuérais emisarios pagados de la Inglaterra, enemiga de todas las industrias del mundo, para celar ó acaso más la industria lanera, única riqueza de nuestro pueblo, entonces os aplicaríamos los versos del festivo Rivot y Fonserré:

«Extranjerotes bolonios,
Los que vivís por mal arte,
Idos con dos mil demonios
Con la música á otra parte.»

Béjar y Mayo 21 de 1873.—Juan Alonso Rodríguez. —Serapio Martín. —Francisco Wenceslao Plaza.—Pedro María Izquierdo.—Clemente Calzada.

A estos versos y á esta hoja, que insertamos por lo curiosa y por lo literaria nada más, no se nos ocurre contestar más que con aquellos otros versos tan conocidos:

Pues ello solo se alaba
No es menester alaballo.

EL TRABAJO ES LA VIDA.

—Dime, dime tus penas, ángel mío:
¿Por qué lloras así?
¿Qué loco, qué secreto desvarío
Se apoderó de tí?

Dime por qué la luz de tus miradas
Apagóse también;
Y por qué tus mejillas carminadas
Palidecen, mi bien.

Dime por qué la fiebre te devora,
Dímelo, sí, por Dios;
Dime las penas que tu pecho llora
Y serán de las dos.

—Madre, la pena que en mi pecho existe...
Ya sabes tú cuál es.
Ella me tiene acongojada y triste...
—¿Nuestra miseria?—Pues.

Llanto mi alma sin cesar derrama,
Llanto mi corazón;
Cuando no se posee lo que se ama,
Nos mata la aflicción.

Yo quiero galas, joyas, ricos trajes.
Coronas de jazmín,
E ir luciendo riquísimos encajes,
De festín en festín.

Yo quiero, madre, fiestas y alegría
Cual nadie la gozó;
Y sola al despuntar el nuevo día,
Marchar á casa yo.

Yo quiero, madre, la eterna lisonja,
Y el incienso eternal;

Que solo el corazón así se esponja,
En dicha sin igual.

Quiero pasiones que mis penas maten,
Y atadas á mi sien,
Bellas coronas que á su vez me aten...
—¿Quiéres perderte, ¡bien!

¿Eres tú aquella, hija de mi alma,
Que hallabas tu placer,
En tiempos más felices, y tu calma,
En ponerte á coser?

¿Eres tú aquella que alivió mis días
Ganándose su pan,
Y en que «Yo seré honrada» me decías
Con anhelante afán?

¿Quién deshojó la flor de tu inocencia
Hermosa mía? di,
Sabes que el mundo, á la mujer, vergüenza
La guarda solo, sí....

—Me has predicado, madre, ya bastante;
Eso hiciera furor,
Si en un desnudo templo protestante,
Lo dijera un pastor.

Estoy cansada ya de estar sentada
Siempre haciendo labor:
Estoy cansada, madre, muy cansada,
Y quiero algo mejor.

—Hija, te pierdes.—Que me pierda, madre;
—¡Hija, por Dios.—Por Dios!
¿No he de hacer una vez lo que me cuadre?
—¿Dónde te vas?—Adios.

A los dos años justos de esta escena
La madre, por su mal,
Fué á ver morir, de pesadumbre llena,
A su hija al hospital.

Y cuentan que con voz muy dolorida
Oyó á un ángel decir:
«El trabajo es la fuente de la vida,
Trabajar es vivir.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

JESÚS Y LA SAMARITANA.

Jesucristo antes de quitar sus ideas religiosas á aquella mujer, antes de separarla del culto nacional, fiel siempre á sus máximas, quiere darla otro culto y otras creencias más elevadas. La presenta las ideas de una religión igual para todos los hombres; en ella no habrá samaritanos, ni judíos, ni galileos, sino hombres que amarán todos á un mismo Dios y le adorarán de la misma manera. El culto verdadero, el culto del espíritu vá á aparecer. Ya no serán precisas ni imágenes, ni estatuas, ni santos de madera, ni templos de mármol para adorar á Dios. Se podrá hincarse de rodillas ante él, lo mismo en el rincón de la casa que en la cima de la montaña, al lado del arroyo que en la sombría catumba, porque la creación entera es un inmenso templo levantado por Dios á su propia gloria, y la oración dicha en cualquier extremo de él subirá, por entre los celajes de lo infinito, hasta los pies de su trono. «Mujer, la dijo, créeme; vendrá la hora en que no adorareis al padre, ni sobre esta montaña, ni sobre Jerusalén.» Jesús resuelve la contienda desde un punto de vista superior; nise decide en favor de los samaritanos, ni en favor de los judíos; todo aquello no es más que preparatorio; el templo judío ha servido hasta su venida, pero ya será inútil; desde Él, una nueva era se abre, Él mismo es el que viene á cerrar el templo y á ha-

cer de todos los lugares del mundo, templos desde donde puedan ofrecerse á Dios todos los sacrificios del corazón y todas las oraciones del alma. Habrá un padre común para todos, judíos y samaritanos, romanos y griegos. Será este el primer paso para acallar las querellas religiosas.

La cuestión, pues, está resuelta bajo el más alto punto de vista que pudiera resolverse; pero después Jesús desciende á la cuestión de detalle, á la cuestión tal como se la ha presentado la samaritana, y la resuelve contra ella. «Vosotros, la dice, adorais lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos.» ¿Era esto cierto? ¿Era verdad que los samaritanos adoraban un Dios que no conocían ó acaso Jesús, como hombre, se dejaba llevar de las preocupaciones de los judíos contra los samaritanos? No, seguramente. Los samaritanos no admitían más que el Pentateuco, de consiguiente se privaban de la mitad de la revelación divina. Las esperanzas y las promesas de los profetas no eran para ellos tan evidentes. En este sentido, dice después Jesucristo á la mujer de Samaría, que la salvación venía de los judíos. Claro está: cómo había de venir cuando ellos no tenían las esperanzas mesiánicas que habían despertado los profetas y que ellos no habían admitido?

Isaías había dicho en el mismo sentido que la salvación vendría de Sion. El pueblo que poseía la revelación completa era el solo que podía dar la salvación al mundo entero, engendrando en sus entrañas al que la había de traer. «La salvación viene de los judíos, como la honda del río tiene su nacimiento en lo alto de la montaña, y desciende después hasta el pie de ella,» dice Vinet.

¿Quiénes son los verdaderos adoradores? ¿Cuál es el verdadero culto? ¿El que exige un punto dado y unas paredes determinadas para adorar á Dios, ó aquel que encuentra templo á propósito en todos los lugares de la tierra para bendecirle? ¿Son los verdaderos adoradores los samaritanos, que no aceptan toda la revelación, ó son los judíos, formalistas é hipócritas que predicán la oración y el ayuno, y practican la usura y todos los vicios? Ni unos ni otros. Los verdaderos adoradores serán los que sepan adorar como él al Padre en espíritu y en verdad; serán el puñado de apóstoles y discípulos que le siguen; serán todos aquellos que no practiquen ceremonias estériles, ritos ociosos, y fórmulas inútiles. La adoración desde él tomará otra forma, pondrá á contribución todas las ideas, todos los pensamientos, todos los sentimientos; el sacrificio hecho por él y en su nombre será una oración y una adoración. Este es el culto racional de que más tarde había de hablar S. Pablo y que en realidad es el único que conviene á seres libres é inteligentes. Calvino ha dicho: «La verdadera adoración de Dios tiene lugar en el espíritu. De aquí se sigue que se le puede adorar intensamente en el alma y ofrecerle culto en todos los lugares del mundo. Este amor no es otra cosa que la fe interior del corazón, la cual engendra el deseo de tributarle culto y alabanzas sin cesar.»

Han de ir juntas la adoración exterior y la interior, ó mejor dicho, la exterior no ha de ser más que una manifestación, una patentización de la interior. La adoración del espíritu revestirá tales caracteres desde que Jesucristo la predique, que ella podrá tener lugar lo mismo en Constantinopla al lado de una mezquita turca, que en Jerusalem en los lugares en que el Salvador padeció y murió por la humanidad; lo mismo en medio del trabajo que en medio del reposo; lo mismo en medio del placer que en medio de las lágrimas. El templo será nuestro espíritu; allí llevaremos el eterno objeto de todas las adoraciones, Jesucristo; allí podremos sacrificarle nuestros deseos y nuestras afecciones. «En materia de adoración, ha dicho Guyon, lo exterior no tiene valor sino en cuanto participa del interior.»

Pero no basta que esta adoración sea solo en espíritu; es preciso que lo sea también en *verdad*. La adoración solo lo es en verdad cuando está conforme con la esencia y con los atributos de Dios,

cuando se dirige al verdadero Dios por medio de su hijo Jesucristo. El mismo Guyon ha dicho, que no se puede adorar á Dios, en espíritu si no se le adora en verdad, y que no se le puede adorar en verdad, si no se le adora en espíritu. La adoración en verdad exige un corazón y un alma enteramente identificados con Dios; una sumisión completa á su voluntad, no la sumisión del esclavo, ser inerte, sin vida ni movimiento moral, sino la del hombre libre que piensa y que quiere, y que cree que aquello que hace lo realiza porque debe realizarlo; un sacrificio de todo lo que haya en nosotros, de todo aquello que sea indigno de Dios. «Sin este sacrificio del espíritu y del corazón por la caridad, ha dicho Quesnel, el sacrificio exterior que debe ser el signo, el efecto y la imagen, es un signo vacío, una imagen engañosa, un sacrificio judaico.»

SUFRIR ES AMAR.

Romperse las vísceras, descomponerse los órganos, es sufrir.

Destrozarse el alma, concluirse las afecciones más caras, romperse los lazos más antiguos, también es sufrir.

¿Cuál de estos sufrimientos es mayor? Los dos son igualmente intensos.

El cuerpo y el alma no son más que dos notas de un mismo órgano, dos armonías del mismo cántico. Cuando se tiene la desesperación en el alma, sufrir es morir.

El alma y el cuerpo, entregados á sus propias torturas, desfallecen.

Cuando se tiene á Dios en el corazón, sufrir es adorar.

El sufrimiento se toma como una prueba y se acepta resignadamente.

¿Qué he hecho yo, se pregunta uno? y la conciencia contesta, «esto.»

Se ve claramente el mal que se ha hecho, y se hacen resoluciones de no volverlo á realizar.

¿Cómo se agrandan las tristezas del alma cuando esta no posee á Jesucristo!

No hay reposo, no hay paz, no hay tranquilidad.

El mundo es un vasto desierto, los cielos están vacíos; la vida no es más que una perpétua ilusión.

Los hombres son todos falsos, y la confianza y la amistad no existen.

¿Cuánta soledad, cuánta amargura hay en el corazón!

La naturaleza no sonríe, el mundo parece que está cubierto con la mortaja de la muerte.

¿Cuán distinto es el estado de aquel que sabe en quien ha creído!

Las penas que tiene las soporta con la esperanza de que en otro lugar eterno encontrará alegrías perpétuas.

En todo halla motivos de alabar al Criador.

El sol le admira, la tierra le encanta; las estrellas le parecen eternas lámparas encendidas por Dios en el espacio.

¿Le hacen una infamia cualquiera? Perdona.

¿Le ofenden? Tiende una mano al ofensor.

Es una especie de escollo contra el que se desahacen todas las iras, todas las cóleras, todas las violencias.

Cuando se siente demasiado apenado y acongojado, eleva una mirada á su Maestro que está en los cielos y le dice: «Hé aquí cómo me han puesto.»

Jesús le contesta desde el cielo: «Espera y sufre. Llegará la hora de los hombres de la violencia y de la justicia, y ¡ay de ellos!»

Sufrir es adorar, sí; sufrir es adorar.

En el sufrimiento hay algo de éxtasis, hay algo que nos hace levantarnos sobre las miserias de la vida, algo que nos hace mirar frente á frente con tranquilidad completa los misterios de ultratumba.

El que sufre y se desespera pierde todo su mérito. Es lo mismo que aquel á quien se hubiese

puesto una corona sobre su frente, y se la arrancasen con violencia.

El que sufre y dice: «este es un don del cielo,» ese es perfecto.

¡Bienaventurados los que padecen!

El que tiene el alma rota y el cuerpo destrozado y no blasfema contra Dios, tiene algo del ángel que le está alabando siempre.

El sufrimiento es una esperanza, un amor, casi un culto.

Aprendamos á sufrir y aprenderemos á amar, á esperar y á bendecir.

LOS JUDIOS.

I.

Si ha habido pueblo que ha padecido en la tierra, ha sido el pueblo judío. Durante muchos, muchísimos siglos ha sido el objeto y el blanco de las violencias de pueblos que se llamaban injustamente cristianos. Ha pagado tan duramente como podía pagarse el crimen de haber dado muerte al Hijo del hombre. Dió muerte al gran mártir, pero el gran mártir le condenó desde el cielo á un martirio incesante, de todos los días, de todas las horas, durante diez y nueve siglos, y quién sabe cuántos más, porque aun hoy día este pueblo es objeto de persecuciones en algunas partes de la tierra.

Refiramos á grandes rasgos las desgracias del pueblo judío después del sacrificio del Gólgota.

Los grandes martirios de una raza deben ser siempre tenidos en cuenta por el historiador.

La rara virtud de este pueblo ha sido siempre la paciencia y la constancia. El cuando era arrastrado prisionero á tierras extrañas, creía en la unidad de Dios; cuando estaba en presencia de sus enemigos armados, creía en la unidad de Dios; cuando vivía tranquilamente en su hogar, iba al templo y allí se prosternaba ante el Dios uno. Cuando algunos momentos desfallecía y adoraba á ídolos extraños, su desfallecimiento era breve; pronto tornaba á su templo y á Jehová su Dios único. Y este carácter de constancia y de tenacidad propio del pueblo judío le ha conservado durante los largos martirios á que le han sujetado durante muchos siglos los pueblos cristianos. No ha perdido nada; ni el traje, ni los usos, ni las costumbres. Especulador, industrial, comerciante era; comerciantes, especuladores é industriales fueron en la edad media; y hoy son lo que eran en la Edad Media y en los tiempos antiguos. Los judíos se han vengado y se vengán de los martirios que ha sufrido su raza teniendo en su mano á los pueblos y á los reyes. Banqueros opulentísimos han hecho, dice un escritor moderno, subir y bajar gobiernos, sostener reacciones y provocar revoluciones, y los mismos Papas que los anatematizan han tenido que servirse en las vicisitudes por que han pasado, del oro que les han prestado los judíos.

¿Quiénes son hoy mismo los reyes de la banca y de la especulación? Rostchild, Peneire, Mirés, todos judíos.

II.

Verificada la destrucción de Jerusalem por Tito, gran número de judíos aposentáronse en España. Bien pronto su raza creció y propagóse. A principios del siglo IV hay ya huellas de la persecución que entablóse contra ellos. El cánón XLIX del Concilio de Iliberis que tuvo lugar el año 300, decía entre otras cosas, que el clérigo fiel que comiese con los judíos debería ser alejado de la comunión para que se corrigiera. El tercer Concilio toledano prohíbe á los judíos desempeñar oficios públicos, y casarse con cristianas. A más dispuso que en las ciudades viviesen en barrios especiales que desde entonces se llamaron Juderías. El cuarto Concilio de Toledo manda [barbarie inaudita] que se quiten los hijos á los padres para educarlos en la religión

cristiana. Sisebuto es aún más cruel. Manda á los judíos, que ó se hagan cristianos ó salgan de la Península. Muchos se refugiaron en las Galias; noventa mil recibieron el bautismo. San Isidoro, el sabio y el historiador de aquellos tiempos, y el alma más bella de aquella época, protestó contra esta manera de proceder tan anticristiana y bárbara. El año 637, después de algun tiempo de tolerancia volvióse á proceder severamente contra ellos, y se decidió que en adelante á ningún rey se le daría posesión del trono sin que hubiera jurado espresamente no favorecer á los judíos, ni aun permitir á ninguno que no fuere cristiano, vivir libremente en el reino.

Por los tiempos del Rey Recesvinto elevarónle los iraelitas una petición, diciéndole que les permitiera «no comer carne de puerco, porque sus estómagos no estaban acostumbrados á ella y no podían soportarla.» El Rey accedió, pero á condicion de que habían de guisar los alimentos que tomasen con manteca de puerco. ¡Tiranía tan insoporable como ridícula!

Parece ser que los judíos anduvieron en tratos con los otros judíos que habían pasado al Africa, para que indujeran á los árabes á conquistar á España. Descubrióse el complot, y los padres del Concilio XVII, creyendo que era poco el expulsarlos del reino, ordenaron «que todos los israelitas fueran vendidos como esclavos, y confiscados sus bienes.» Subió Witiza al trono, y la persecucion cesó un tanto. Sucedióle D. Rodrigo; acaeció la catástrofe del Guadalete, en donde pereció la nacionalidad española, y los judíos, si bien cambiaron de dueños, no cambiaron de tiranos.

Bajo el dominio de los árabes los judíos gozaron de alguna libertad. Se les permitió practicar su religion y trabajar libremente siendo ellos uno de los principales agentes de la prosperidad de la España musulmana. Los cristianos en las poblaciones que ocupaban entretenidos continuamente en aquella guerra legendaria contra los moros, no tenían tiempo de perseguirlos. Los cristianos se dedicaban á la guerra ó á la Iglesia; los judíos á la ciencia, á la agricultura, y más especialmente á la industria: de aquí resultaba que los judíos se enriquecían, tanto más, cuanto más se empobrecían los cristianos, lo que hacia que el odio de estos hacia aquellos, subiera cada día de punto.

¿POR QUÉ PECASTE?

¿Mas por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interés y por otras cosas de aire. De esto se queja El gravemente por un profeta, diciendo: «Des-honrábanme en presencia de mi pueblo, por un puñado de cebada y por un mendrugillo de pan.» (Ezeq., xiii.)

¿Mas en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanto contentamiento y alegría, como si pecaras contra un dios de palo, que ni sabe, ni ve lo que pasa en el mundo. ¿Pues esta era la honra que se debía á tan alta magestad? ¿Este el agradecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que derramó en la Cruz? ¿Y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por tí? ¡Oh, miserable de tí por lo que perdiste, y mucho más que con todo esto no sientes tu perdición!

FR. LUIS DE GRANADA.

PELAGIA

Ó LA HISTORIA DE UNA NOTABLE CONVERSION.

(Continuacion.)

Ya habia llegado la noche. Entristecido de su propia pereza, avergonzado con el recuerdo

de la mujer que hacia más por sus amantes terrestres que por el celeste esposo de su alma, se durmió el varon de Dios. Mas hé aquí que cuando se dormia le apareció una vision en el sueño. Soñaba que dirigia en la iglesia la palabra á los fieles, como de costumbre, cuando á un lado del altar vió una paloma negra completamente cubierta de suciedad. Después volaba á su alrededor y le fastidiaba con su insoporable olor. Cuando el obispo se aprestaba á administrar la Cena del Señor, desapareció la paloma; pero al salir de la iglesia la volvió á encontrar que revoloteaba á su lado como antes. Entonces extendió rápidamente su mano, y cojiendo á la paloma la echó en una caldera de agua, de donde salió blanca como la nieve, y volando se perdió en los aires.

Por la mañana temprano contó el obispo Nonnus este sueño á su diácono Jacobo. Después se marchó á la iglesia en donde habia de predicar. Nunca habia predicado con tanta enerjía, con tanto ardor del espíritu, con tanto amor hacia los pecadores, como en aquel dia. Habló con severidad del pecado y del juicio divino; pero después del fuego y el viento poderoso que desgajaba los montes, vino el silbo dulce y apacible (1.^a Reyes, xix, 12). Lo que no se habia ablandado bajo el martillo de Moisés, se derretió delante del amor misericordioso de Jesucristo. Toda la congregacion estaba muy conmovida, y no pocas lágrimas regaron el suelo de la iglesia. La mujer pagana, la actriz Pelagia, estaba tambien entre la congregacion. ¿Cómo se habia estraviado en aquel lugar? ¿Quién la habia conducido á la iglesia?

En la América del Norte preguntó tiempo há un sábado un hombre pobre á un predicador, qué pudiera hacer él por el reino de Dios. Después de haber meditado un poco le contestó el pastor: «Mañana temprano procura, si puedes, impeler á los hombres que no piensan en la iglesia, para que vengan á escuchar la palabra de Dios.» Así lo hizo el pobre; en aquel mismo domingo llevó consigo á un jóven que fué convertido por medio de la palabra de Dios que escuchaba.

¿Tal vez alguien habia impelido de la misma manera á Pelagia llevándola á la iglesia? No; al ménos no lo habia hecho ningún hombre. Pero hay tambien otros, que silenciosos é invisibles van por los países y por las ciudades, tocando el corazón y la mano de los hombres, para conducirlos al Señor aunque ellos no quieran. Algunos de estos habia visitado á Pelagia y la habia llevado á la iglesia. Pero al mismo tiempo su orgullo pagano la acompañaba tambien. Dos criados iban con ella. Pero como las nubes de polvo desaparecen debajo de una lluvia impetuosa, así todo su orgullo desapareció bajo esta plática engendradora por el Espíritu Santo. Sus pecados parecían crecer en la conciencia durante el sermón, como crecen las sombras durante la tarde. Se parecia á sí misma como una alma perdida cuya salvacion era imposible. Sus hermosos ojos lloraban las primeras lágrimas del arrepentimiento en su vida, y un suspiro detrás de otro subia desde su pecho oprimido. Cuando el culto terminó, ella se marchó á su casa, pero sus criados se quedaron para esperar al predicador y saber dónde habitaba. Cumplieron con su deber y llevaron la noticia que Nonnus tenia su mansion en una celda humilde al lado de la iglesia de Juliano mártir. Inmediatamente le escribió Pelagia la siguiente carta: «He oido de tu Dios que él dejó los cielos y bajó á

la tierra para salvar, no á los justos, sino á los pecadores; más aún, que aquel ante cuya magestad los santos ángeles cubren su rostro, se humilló asimismo en tal manera, que se acercó á los publicanos y trató con misericordia á los pecadores. Y tú, Señor, como su fiel discípulo, no me despreciarás á mí segun lo que me han dicho, porque yo, si bien soy una grande pecadora, deseo tambien ser hecha apta por tí para mirar un dia su santo rostro.» Esta carta no estaba firmada. El obispo Nonnus contestó: «Cualquiera que seas, Dios te conoce. Toda tu conducta y tu intencion están manifestas delante de él. Si tienes un deseo sincero de la fé verdadera y de la honestidad divina y quieres hablar conmigo sobre eso, hazlo en tal tiempo y en un tal lugar, que los demás obispos tambien puedan asistir; á solas no puedo yo hablar contigo.» Así escribió Nonnus con sabiduría cristiana para evitar en esta ciudad pagana y disoluta toda mala reputacion, y para saber á la vez si la pecadora deseaba su salvacion seria y sinceramente. Porque en verdad no era imposible confesar sus pecados, no á solas, sino delante de la multitud de los obispos reunidos.

Pero apenas recibió Pelagia esta carta, salió llena de gozo á la iglesia de Juliano, é hizo saber su presencia á Nonnus. El la recibió. Hé aquí delante de él, de pié, la mujer, la cual ayer todavia atravesaba con todo el esplendor de una hermosura natural y artificial por la ciudad, como una segunda Jezabel para inclinar al pueblo al pecado. Los pensamientos de Nonnus subieron arriba al grande misionero, el cual inclina los corazones de los hombres como los repartimientos de las aguas. Yo sentia muy bien quién habia hecho este milagro. Cuando él sentia su pobreza espiritual y su pereza en lo íntimo de su alma descubriéndolas delante de su Señor, éste se levantó para hacer una obra grande en la ciudad de Antioquia.

Nunca habia visto Nonnus con tanta claridad que es solo el Señor el que convierte los corazones. Su propio trabajo como misionero no era más que la oracion y la confesion en su cámara; su obra misionera era la humillacion sincera y verdadera. «Tu benignidad me ha acrecentado, y si me humillares, me levantas».

¿Y cómo estaba Pelagia delante de él? Con sus miradas fijas en el suelo, de rodillas y abrazando las del obispo, le suplicaba. «Ruégote que imites á tu Maestro Jesucristo, que tengas misericordia de mí y me dejes empezar á ser una cristiana. Hé aquí, so soy un mar de pecados, un abismo de injusticia. Yo deseo ser bautizada.» Apenas Nonnus podia conseguir que ella se levantase. Después le declaró que segun las leyes de la iglesia no es lícito que una tal pecadora sea bautizada tan pronto. Es preciso tener fiadores de que no volverás otra vez al antiguo pecado.

ANÉCDOTAS CRISTIANAS.

—Pero, hombre, decia un amigo á otro, tu que antes eras tan despreocupado, ¿cómo has llegado á creer en un libro titulado Biblia?

—Te lo diré si antes me enseñas una moneda.

—Hé aquí un escudo.

—Por qué crees que esta moneda vale 10 reales.

—Porque es de plata.

—Pues por la misma razon, he venido á creer en la Biblia, porque es la palabra de Dios.

Durante un terremoto que tuvo lugar hace algunos años, los habitantes de una aldea fueron muy alarmados, siendo al mismo tiempo muy sorprendidos de la calma y aparente alegría de una señora de edad, que todos conocían. Por fin uno de ellos, acercándose á ella, le dijo:

—Señora, ¿no tiene Vd. miedo?

—No,—repitió la señora.—Me recocio, por el contrario, de ver que tengo un *Dios que puede sacudir el mundo*.

POR ORAR.

—Padre, el casero dice que no espera;
¡Pues no es poco gruñón!
Si le hablo un poco alto, la tal fiera
Me dá con el baston.

Quince dias no más nos dá de plazo,
¡Y qué hay que hacer! buscar.....
—El no tener dinero es mi embarazo;
Déjame orar, orar.

—Padre, ¡la lavandera! ¡condenada!
¡Señor, esto es atroz!
Por empeñar, tenemos empeñada
Yo creo, hasta la voz.

¿Qué hacer, en este trance, padre mio?
¿A qué puerta llamar?
—Yo, hija, en nadie de este mundo fio;
Déjame orar, orar.

—¡El panadero! ¡Dios! ¡Quién fuera maga
Para poder huir!
No querrá dejar pan, ¡no se lo paga!
¡Vamos, esto es morir!

Padre, ¿lo oís? ¿Qué digo al panadero?
No se querrá apiadar.
—Dile que si hoy no hay, ya habrá dinero;
Anda, y déjame orar.

—Padre, el cartero. ¡Cielo de mi vida!
¡Una letra! ¡oh placer!
La manda vuestro hermano y es crecida,
¡Vamos, ya hay que comer!

—Bendita sea tu mano bienhechora
Que sabe remediar,
Señor, los males del que jime y ora,
¿Ves, hija? ¡Por orar!

A. SANCHEZ DEL REAL.

NOTICIAS VARIAS.

La Asamblea de la Iglesia cristiana española dará principio á sus trabajos el martes 10 del presente mes, con una predicacion inaugural que hará el pastor de la iglesia de Sevilla, D. Juan B. Cabrera. Los asuntos de que deben ocuparse los delegados son: reforma del código de disciplina, discusion de un catecismo, y otros que afectan al desarrollo y bienestar de las iglesias. El Consistorio nos suplica hagamos presente por medio de nuestro periódico, que verá con agrado y reconocimiento que los cristianos de Madrid invitan á los delegados de las iglesias, para que estos no se vean en el caso de tener que vivir en casas estrañas.

Las personas que puedan acceder á estos de-

seos del Consistorio tendrán la bondad de ponerlo en conocimiento del Presidente ó del Secretario, calles del Soldado, 7, principal, ó Florin, 2, duplicado, tercero izquierda.

El doctor Doellinger, jefe de los católicos viejos de Alemania, ha sido elegido presidente de la Academia de Ciencias de Munich en reemplazo del célebre químico Liebig, cuya muerte anunciaron no há mucho tiempo los periódicos.

Como se vé, la separacion de Doellinger de la Iglesia romana no ha sido obstáculo á su elevacion á un distinguido puesto.

Sigue el padre Jacinto diciendo misa en Ginebra y atrayendo siempre que predica una concurrencia numerosísima que ansia escuchar la palabra del elocuente ex-carmelita.

En todas partes obtienen favor los enemigos de Roma, mientras que en todos los países se mira con prevencion á los secuaces del Papa.

Los republicanos federales miembros de la Constituyente, han celebrado una reunion bajo la presidencia de D. José María Orense, y entre otros muchos proyectos que esperan muy pronto convertir en leyes, se encuentra el siguiente: «Incautación por parte del Estado de todos los edificios y objetos destinados al culto católico.»

La medida nos parece trascendental y de funestas consecuencias si se lleva á cabo del modo que se anuncia en ese proyecto. Aparte de lo que haya de injusto en esa determinacion, resultará que la Iglesia católica aparecerá como perseguida y esto le dará una fuerza que hoy no posee y evitará que muera pronto por consuncion, como indudablemente sucedería en muchas provincias de España, si el Estado para nada se ocupara de ella más que para igualarla con las demás iglesias.

Cuando conozcamos más á fondo la cuestion nos ocuparemos de ella con detenimiento inspirándonos siempre en la justicia y la libertad.

Siguen los curas afiliándose en las partidas carlistas y los obispos españoles siempre obstinados en no condenar estos excesos.

Ya verán lo que ganan con su silencio.

En Italia como en Francia, y con más descaro todavía, los obispos buscan en las peregrinaciones un medio de crear dificultades al Gobierno y de mantener viva la alarma y la inquietud. Solo que como en Italia están más cerca de Roma que en Francia y conocen mejor las intenciones de sus directores espirituales, estos no obtienen el mismo éxito que en la República vecina.

El nuevo ministro de Instruccion pública en Francia, Mr. Waddington, es protestante.

En el discurso de apertura de las Cortes, leído por el Sr. Presidente del Gobierno, encontramos los dos siguientes párrafos que se ocupan de la separacion de la Iglesia y el Estado y abolicion de la esclavitud:

«Y sobre esto llama el Gobierno vuestra poderosa atencion. La guerra civil lleva ya un año de continuos encuentros sin resultado definitivo. Todo el Oriente de la Península padece bajo el azote de esta horrible calamidad. Las provincias que mayores ventajas deben á su posicion y á su historia se empeñan tristemente en malograrlas, resucitan-

do para las demás una monarquía de combate y de conquista. En los caminos de esas provincias no hay seguridad, ni en los hogares paz, y pronto no habrá ni cosechas en sus campos. Las partidas que las afligen, destrozan, talan, queman, asesinan, cometen todo género de horrores por una causa que debe renunciar á todo género de esperanzas. Tres veces se han reunido las Cortes bajo el peso de tan grande calamidad. Es necesario que la República despliegue una actividad febril para conjurar este mal, y una energía que corrija y salve á los rebeldes, hasta darles á entender cuán imposible es rebelarse contra el espíritu del siglo.

Contribuiría poderosamente á este fin el mejorar la organizacion de los tribunales, el dar á los jueces aquella independencia, y á los procedimientos aquella rapidez que pueden asegurar con firmeza el cumplimiento de las leyes. La reforma del Código penal y del sistema penitenciario han de asegurar estos fines. Y si la organizacion de los tribunales, en armonía con el espíritu moderno, debe contribuir á tanto bien, contribuirá mucho más el que las relaciones del Estado con la Iglesia se establezcan prontamente en aquel pie de mútua independencia demandada á una por las ideas de nuestra generacion y por las necesidades de nuestra política. Así verá el pueblo que á ninguna creencia atenta la República, y el clero que dentro de nuestras instituciones, si pierde su carácter oficial y sus oficiales emolumentos, gana en independencia y puede cumplir su ministerio moral libremente en el seno de las sociedades modernas con más eficacia que en los últimos tiempos.

En Puerto-Rico la abolicion de la esclavitud se ha llevado á cabo en medio de la mayor alegría y del entusiasmo más sincero. Cuarenta y tres mil instrumentos ciegos de trabajo han recobrado la dignidad personal, los derechos naturales, sin que ninguna perturbacion haya sufrido aquel suelo por este cambio radicalísimo de la sociedad que sustenta. El Gobierno presentó á las últimas Cortes una serie de proyectos de ley encaminados á uniformar con nuestra legislacion la legislacion de Puerto-Rico. El Gobierno que elijais atenderá también á la grande Antilla. Los ensayos hechos en la pequeña; la opinion de uno y otro continente; el juicio de todas las naciones; el grito de la conciencia humana; el establecimiento entre nosotros de una República democrática, dicen á los más empedernidos que el antiguo régimen no puede continuar, y á los más exaltados que es necesario abolirlo con aquella energía de conviccion y aquella prudencia de sentido que, atendiendo á las impurezas de la realidad, facilita los progresos sin herir gravemente los intereses. Así cuando en el seno de la América solo haya, por virtud de nuestras recientes instituciones, grandes Repúblicas y grandes democracias; cuando la libertad brille allí y aquí en todo su esplendor; cuando no exista ni un solo esclavo bajo el límpido cielo nacional, se levantará más pujante el génio español en los mares de las Antillas.»

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Puntos de suscripcion.

En Madrid.....	Soldado, 7, principal.
	Madera Baja, 8.
	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limon, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia...	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.